la fría humareda de las nubes. Al pie de la roca, á lo largo de la orilla, una linda ciudad, agrupada al rededor de una iglesia románica con chapitel, expone todas sus fachadas á Mediodía. En medio del Rhin, delante de la ciudad con frecuencia semivelada por las brumas del río, se yergue sobre una roca á flor de agua un edificio oblongo, estrecho, de alto bordo, cuyas partes delantera y trasera cortan el agua como una proa y una popa, cuyas ventanas anchas y bajas imitan escotillas y portas, y sobre cuyo lienzo inferior mil grapas de hierro dibujan vagamente anclas y garfios. Caprichosas labores de madera y pequeñas tribunas colgadizas se suspenden como lanchas y chalupas en los costados de esa extraña construcción, que da al viento, como los gallardetes de sus palos, las cien veletas de sus agudos pináculos.

Aquella torre es el Gutenfels; aquella ciudad es Caub; ese navío de piedra, eternamente á flote sobre el Rhin y eternamente anclado delante de la ciudad palatina, es el palacio, es el Pfalz.

Os he hablado ya del Pfalz. Entrábase únicamente en aquella simbólica residencia, construída sobre un banco de mármol llamado la *Roca de los condes palatinos,* por medio de una escalera de mano, la cual daba acceso á un puente levadizo que se ve todavía. Allí había algunos calabozos para los prisioneros de Estado, y un pequeño aposento donde las condesas palatinas se veían obligadas á esperar la hora del parto sin otra distracción que ir á ver en las bodegas del palacio un pozo abierto en la roca más bajo que el lecho del Rhin, y lleno de un agua que no era la del Rhin. Hoy el Pfalz ha cambiado de dueño, el señor de Nassau posee el palacio palatino; el palacio está desierto, ninguna cuna de príncipe se mece en sus losas, ningún vagido soberano turba aquellas negras bóvedas. Sólo el misterioso pozo se llena siempre. ¡Ay!

Una gota de agua que se filtra á través de una peña, se agota menos rápidamente que las dinastías reales.

En la gran extensión del río, el Pfalz está cercano al Kœnigsstühl. El Rhin veía, casi en el mismo punto, á una mujer que daba á luz al conde palatino y al imperio que daba á luz al emperador.

Desde el Tauno á los Siete Montes, á ambos lados de la magnífica escarpa que encajona al río, hay catorce castillos en la orilla derecha: Ehrenfels, Fursteneck, Gutenfels, Rineck, el Gato, el Ratón, Liebenstein y Sternberg, que se denominan los Hermanos, Markusburg, Filipsburg, Lahneck, Sayn, Hammerstein y Okenfels; quince castillos en la orilla izquierda: Vogtsberg, Reichenstein, Rheinstein, Falkenburg, Sonneck, Heimburg, Furstenberg, Stahleck, Schœnberg, Rheinfels, Rheinberg, Stolzenfels, Rheineck y Rolandseck; en junto veintinueve fortalezas medio derruídas superponen el recuerdo de los rhingraves al recuerdo de los volcanes, la huella de las guerras á la huella de las lavas, y completan de un modo formidable la severa figura de las colinas. Cuatro de esos castillos fueron edificados en el siglo XI: Ehrenfels, por el arzobispo Sigifredo; Stahleck, por los condes palatinos; Sayn, por Federico, primer conde de Sayn, vencedor de los moros de España, y Hammerstein, por Otón, conde de Betarabia. Dos fueron construídos en el siglo XII: Gutenfels, por los condes de Nuringen, y Rolandseck, por el arzobispo Arnoldo II, en 1139; dos en el XIII: Furstenberg, por los palatinos, y Rheinfels, en 1219, por Thierry III, conde de Katzenellenbogen; cuatro en el XIV: Vogtsberg, por un Falkenstein; Fursteneck, en 1348, por el arzobispo Enrique III; el Gato, en 1383, por el conde de Katzenellenbogen, y el Ratón, diez años después, por un Falkenstein. Uno solamente data del siglo XVI, Filipsburg, construído en 1568 á 1571, por el landgrave

Felipe el Joven. Cuatro de esas ciudadelas, todas de la orilla izquierda, cosa digna de nota, Reichenstein, Rheinstein, Falkenburg y Sonneck, fueron destruídas en 1812, por Rodolfo de Habsburgo; una, el Rolandseck, por el emperador Enrique V; cinco por Luis XIV en 1689, Fursteneck, Stahleck, Schœnberg, Stozenfels y Hammerstein; una por Napoleón, el Rheinfels; una por un incendio, Rheineck, y una por la banda negra, Gutenfels. No se sabe quien construyó Reichenstein, Rheinstein, Falkenburg, Stolzenfels, Rheineck y Markusburg, restaurado en 1644 por Juan el Batallador, landgrave de Hesse-Darmstadt. No se sabe quien demolió Vogtsberg, antigua mansión de un señor que hizo algún voto, según el nombre indica, Ehrenfels, Fursteneck, Sayn, el Gato y el Ratón. Una noche aun más profunda cubre seis de aquellas casas solariegas, Heimburg, Rheinberg, Liebenstein, Sternberg, Lahneck y Okenfels. Han salido de la sombra y han vuelto á entrar en ella. No se sabe quienes los construyeron ni quienes los han destruído. Nada tan extraño, en medio de la historia, como aquella densa obscuridad donde se divisa confusamente, hacia el 1400, el tumultuoso hormigueo de la hansa rhenana guerreando contra los señores, y en la que se distingue aún más lejano, entre las crecientes tinieblas del siglo XII, el formidable fantasma de Barbarroja exterminando á los burgraves. Varias de aquellas antiguas fortalezas, cuya historia se ha perdido, son semirromanas y semicarlovingias. Algunas figuras más claramente iluminadas aparecen en las otras ruinas. Su crónica puede encontrarse aquí y allá esparcida entre los viejos archivos. Stahleck, que domina á Bacharach y cuya fundación se atribuye á los hunos, vió morir á Herman en el siglo XII; los Hohenstaufen, los Güelfos y los Wittelsbach lo han habitado, y ha sido sitiado y tomado ocho veces desde 1620 á 1640. Schœnberg, de

donde han salido la familia de los Belmont y la leyenda de las Siete Hermanas, vió nacer al gran general Federico de Schœnberg, cuyo singular sino fué afirmar á los Braganza y precipitar á los Estuardo. El Rheinfels resistió á las ciudades del Rhin en 1225, al mariscal de Tallard en 1692, y se rindió á la República francesa en 1794. El Stolzenfels era la residencia de los arzobispos de Tréveris. Rheineck, vió extinguirse al último conde de Rheineck, muerto en 1544 siendo canónigo custodio de la catedral de Tréveris. Hammerstein ha sufrido la disputa de los condes de Betarabia y de los arzobispos de Maguncia, el choque del emperador Enrique II en 1017, la fuga del emperador Enrique IV en 1105, la guerra de los Treinta años, el paso de los suecos y de los españoles, la devastación de los franceses en 1689, y la vergüenza de ser vendido por cien escudos en 1823. Gutenfels, la fiera garita de Gustavo Adolfo, el dulce asilo de la bella condesa Guda y del enamorado emperador Ricardo, cuatro veces sitiado, en 1604 y en 1631 por los hessenses, en 1620 y en 1642 por los imperiales, vendido, en 1289, por Garnier de Muzenberg al elector palatino Luis el Severo, mediante dos mil cien marcos de plata, fué degradado en 1807 por un beneficio de seiscientos francos. Esa larga y doble serie de edificios poéticos y militares á la vez, que ostentan en su frente todas las épocas del Rhin y que cuentan todas sus leyendas, empieza delante de Bingen con el castillo de Ehrenfels á la derecha y la torre de los Ratones á la izquierda, y acaba en Kœnigswinter con el Rolanseck á la izquierda y el Drachenfels á la derecha. Simbolismo sorprendente y digno de ser notado de paso, el inmenso arco de Rolandseck frente á la caverna del dragón que mató Sigifredo el Cornudo, y la torre de los Ratones frente al Ehrenfels, son la fábula y la historia que se contemplan.

Sólo registro aquí los castillos que se miran en el Rhin, y que todo viajero ve al pasar. Pero, por poco que se penetre en los valles y en las montañas, se encuentra una ruina á cada paso. Sólo en el valle de Wisper, en la orilla derecha, en un paseo de pocas leguas, conté siete: el Rheinberg, castillo de los condes de Rhingau, escuderos trinchantes hereditarios del santo imperio, extinguidos en el siglo XVII, temible fortaleza que inquietaba antiguamente al importante pueblo de Lorch; entre las malezas, Waldeck; en la montaña, en la cresta de una peña de esquiste, junto á una fuente de agua mineral que riega algunas miserables cabañas, el Sauerburg, construído en 1356 por Roberto, conde palatino, y vendido en mil florines, durante la guerra de Baviera, por el elector Felipe á Felipe de Kronberg, su mariscal; Heppenheff, destruído no se sabe cuándo; Kammerberg, hacienda patrimonial de Maguncia; Nollig, antiguo castrum del que queda una torre; Sareck, que se encuadra en el bosque frente á frente del convento de Winsbach, como el caballero frente á frente del clérigo en la sociedad antigua.

Hoy el castillo y el convento, el noble y el clérigo, son dos ruinas. Sólo el bosque y la sociedad, renovados cada año, han sobrevivido.

Si se exploran los Siete Montes, se encuentra en ellos, en estado de trozos escondidos bajo la hiedra, una abadía, Schomberg, y seis castillos: el Drachenfels, arruinado por Enrique V; el Wolkenburg, escondido entre las nubes, como indica su nombre, arruinado por Enrique V; el Lowenberg, en el que se guarecieron Bucer y Melanchthon, donde se refugiaron después de su casamiento, que glorificaba la herejía, Inés de Mansfeld y el arzobispo Guebhard; el Nonnestromberg y el Oelberg, construídos por Valentiniano en 368, y el Hemmerich, solar de esos atrevi-

dos caballeros de Heinsberg que hacía la guerra á los electores de Colonia.

En la llanura, hacia la parte de Maguncia, está Frauenstein, que data del siglo XII; Scharfenstein, feudo arzobispal; Greifenklau, construído en 1350. Por la parte de Colonia está el admirable Godesberg. ¿De dónde viene el nombre de Godesberg? ¿Será del tribunal de cantón, *Goding*, que se celebraba allí en la Edad media? ¿Será el de *Wodan*, el monstruo de diez manos, que los ubianos adoraron en aquella región? Ningún anticuario etimológico ha decidido esta cuestión. Sea lo que fuere, la naturaleza, antes de los tiempos históricos, había hecho de Godesberg un volcán; el emperador Juliano, en 392, había hecho un campamento; el arzobispo Teodorico, en 1210, un castillo; el elector Federico II, en 1375, una fortaleza; el elector de Baviera, en 1593, una ruina; el último elector de Colonia, Maximiliano Francisco, lo ha convertido en una viña.

Los antiguos castillos de las orillas del Rhin, colosales mojones puestos por el feudalismo sobre su río, llenan de fantasía el paisaje. Mudos testigos de tiempos desvanecidos, asistieron á las acciones, encuadraron las escenas, escucharon las palabras. Allí están, como los eternos bastidores del sombrío drama que, desde hace diez siglos, se representa en el Rhin. Han visto, por lo menos los más viejos, entrar y salir, en medio de providenciales peripecias, á todos esos actores tan altos, tan extraños ó tan temibles: Pepino, que regalaba ciudades al Papa; Carlomagno, vestido con una camisa de lana y una dalmática de nutria, apoyándose en el viejo diácono Pedro de Pisa, y acariciando con su fuerte mano al elefante Abulaboz; Otón el León, sacudiendo su rubia cabellera; el margrave de Italia, Azzo, llevando la bandera adornada de ángeles, victoriosa en la batalla de Marseburgo; Enrique

el Cojo, Conrado el Viejo y Conrado el Joven; Enrique el Negro, que impuso á Roma cuatro papas alemanes; Rodolfo de Sajonia, que llevaba en su corona el exámetro papal: *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho;* Godofredo de Bouillon, que hundía la pica del estandarte imperial en el vientre de los enemigos del imperio; Enrique V, que escalaba á caballo los peldaños de mármol de San Pedro de Roma. No hay una grande figura de la historia de Alemania cuya silueta no se haya dibujado en sus venerables piedras: el viejo duque Welf; Alberto el Oso; san Bernardo; Barbarroja, que se equivocaba de mano al aguantar el estribo del Papa; el arzobispo de Colonia, Reinaldo, que arrancaba los flecos del carroccio de Milán; Ricardo Corazón de León; Guillermo de Holanda; Federico II, el bondadoso emperador de semblante griego, amigo de los poetas como Augusto, amigo de los califas como Carlomagno, estudiando en su tienda-reloj, donde un sol de oro y una luna de plata marcaban las estaciones y las horas. Han contemplado, en su rápida aparición, al monje Cristián predicando el Evangelio á los campesinos de Prusia; á Hermán Salza, primer gran maestre de la orden teutónica, gran constructor de ciudades; á Ottocar, rey de Bohemia; á Federico de Baden y Conradino de Suabia, decapitados á la edad de diez y seis años; á Luis V, landgrave de Turingia y esposo de santa Isabel; á Federico el Mordido, que llevaba en su mejilla la señal de la desesperación de su madre; y á Rodolfo de Habsburgo, que se remendaba por sí mismo el jubón gris. Han resonado con la divisa de Eberhardo, conde de Wurtemberg: *¡Gloria á Dios! ¡Gloria al mundo!* Han dado alojamiento á Segismundo, ese emperador cuya justicia pesaba bien y castigaba mal; á Luis V, el último emperador que haya sido excomulgado; á Federico III, el último emperador que haya sido coronado en Roma. Han oído á Petrarca reprendiendo á Carlos IV por no haber estado más que un día en Roma, gritando: *¿Qué dirían vuestros antepasados los Césares si os encontrasen á estas horas en los Alpes, con la cabeza baja y la espalda vuelta á Italia?* Han visto pasar, humillados y furibundos, al Aquiles alemán, Alberto de Brandeburgo, después de la lección de Nurenberg, y al Aquiles borgoñón, Carlos el Temerario, después de los cincuenta y seis asaltos de Neuss. Han visto pasar, altivos y soberbios en sus mulas y en sus literas, costeando el Rhin en largas filas, á los obispos occidentales que iban, en 1415, al concilio de Constanza, para juzgar á Juan Huss; en 1431, al concilio de Basilea, para deponer á Eugenio IV, y en 1519, á la Dieta de Worms, para interrogar á Lutero. Han visto flotar, remontando siniestramente el río desde Oberwesel á Bacharach, mezclando su rubia cabellera á las ondas, el blanco y ensangrentado cadáver de san Werner, pobre niño martirizado por los judíos y arrojado al Rhin en 1287. Han visto conducir de Viena á Brujas, en un ataúd de terciopelo, bajo un paño de oro, á María de Borgoña, muerta de una caída de caballo en una cacería con halcón. La horrible horda de los magiares, el rumor de los mongoles detenidos por Enrique el Piadoso en el siglo XIII, el grito de los husitas que querían reducir á cinco todas las ciudades de la tierra, las amenazas de Procopio el Gordo y de Procopio el Pequeño, el tumultuoso ruido de los turcos que remontaban el Danubio después de la toma de Constantinopla, la jaula de hierro en que la venganza de los reyes paseó á Juan de Leiden encadenado entre su canciller Krechting y su verdugo Knipperdolling, el joven Carlos V haciendo brillar en estrellas de diamantes sobre un escudo la palabra *nondum*, Wallenstein servido por sesenta pajes nobles, Tilly en traje de raso verde mon-

tado en su caballito gris, Gustavo Adolfo atravesando la selva turingia, la cólera de Luis XIV, la cólera de Federico II, la cólera de Napoleón; todas esas cosas terribles que alternativamente conmovieron ó espantaron á Europa, han brillado como relámpagos en esas viejas murallas. Esos gloriosos castillos han sufrido de rechazo las consecuencias de los suizos al destruir la caballería en Sempach, y del gran Condé destruyendo la antigua infantería en Rocroy. Han oído crujir las escalas, gañir la pez hirviente, rugir los cañones. Los lansquenetes, lanceros, el orden-erizo tan fatal á los escuadrones, las bruscas acometidas de Sickingen, el gran caballero, los sabios asaltos de Burtenbach, el gran capitán, todo lo han visto, todo lo han desafiado, todo lo han sufrido. Actualmente, melancólicos, de noche, cuando la luna reviste su espectro de blanco sudario, más melancólicos aún á la plena luz del sol, llenos de gloria, de fama, de quietud y de aburrimiento, corroídos por el tiempo, derribados por los hombres, proyectando en los viñedos de la vertiente una sombra que va disminuyendo de año en año, dejan caer el pasado piedra á piedra en el Rhin, y fecha á fecha en el olvido.

¡Oh nobles torreones! ¡Oh pobres y viejos gigantes paralíticos! ¡Oh ultrajados caballeros! Un barco de vapor, lleno de mercaderes y de burgueses, os arroja al pasar su humareda á la cara.

CARTA VIGÉSIMA SEXTA

WORMS.—MANNHEIM

Al anochecer.—Disertación profunda y altamente filosófica acerca los apelativos sonoros.—El viajero cree por un momento ser Micromegas bajándose y buscando una ciudad por el suelo entre la hierba.—¿De qué sirve haber sido una gran cosa?—Las catorce iglesias de Worms.—El pobre petate y el mocetón.—Diálogos.—Un monosílabo acompañado de su comentario.—En qué caso es majestuoso un mesonero.—¡Oh desigual naturaleza!—El viajero tiene miedo de las hadas y de los espectros.—Toma el partido de dirigir triviales lisonjas á la luna.—Un espectro.—A qué género de ejercicio se entregaba aquel espectro.—Otro monosílabo acompañado de otro comentario.—Donde el lector se entera de los sitios en que se colocan los números viejos de los diarios.—El espectro se va haciendo más amable y cariñoso.—Entrada en Worms.—Por desdicha, el viajero conoce tan bien el Worms de otro tiempo, que no reconoce el Worms del presente.—De lo qué os exponéis á ver mirando por el ojo de las cerraduras.—San Ruperto.—Tristeza á propósito de un aprendiz tonelero.—La posada del *Faisán* (que es tal vez la posada del *Cisne*, á menos que sea la posada del *Pavo real*. Lector, desconfía del autor acerca de este punto).—En qué estaban ocupados dos hombres de la sala comedor, y qué es lo que hacía un tercero.—Elocuencia de un tonto.—El viajero sigue describiendo el albergue.—El dormitorio.—El cuadro de la cabecera de la cama.—Dos amantes huyendo á través de una espantosa ortografía.—El autor se pasea por Worms.—Alocución á los parisienses.—La agonía de una ciudad.—Lo que Persio y Horacio dijeron de la Pequeña Provenza que